

Guillermo Serrano Sáenz de Tejada



**DE LA GUERRA DE MARRUECOS
Y EL COMBATE QUE NO DEBIÓ SER**

La segunda guerra de Marruecos se conoce como el conflicto que llevó a España a defender su Protectorado en Marruecos entre 1921 y 1927 de una violenta insurrección liderada por Mohamed ben Abd el Krim el Jattaby. Es la última guerra de larga duración que España ha tenido que librar fuera de sus fronteras y a pesar del desgaste salió victoriosa a partir del momento que el líder rifeño se entregara a las autoridades francesas en mayo de 1926.

El estallido de las hostilidades, a raíz de la sublevación de Abd el Krim, fue una sorpresa para el estamento político español que tuvo que reaccionar apresuradamente para contener el levantamiento. El coste en términos de vidas humanas españolas y del importe económico de la guerra hizo que se tambaleara la propia estructura del Estado que acabó desembocando en el estallido de la Guerra Civil en 1936. La falta de consenso en torno a la gestión de la guerra de Marruecos aceleró la inestabilidad política del régimen de Alfonso XIII que tuvo que someterse primero a un levantamiento militar en 1923 para finalmente terminar por colapsar en 1931.

«La guerra es el arte de destruir hombres,
la política es el arte de engañarlos».

Jean-Baptiste LE ROND D'ALEMBERT

Prólogo

Escribo encantado, porque va entre amigos. Cuando se escribe con gusto, las palabras fluyen risueñas como el agua fresca de un manantial.

El libro que ha escrito certeramente Guillermo Serrano Sáenz de Tejada sobre la vida heroica de su tío abuelo don Salustiano Sáenz de Tejada y Olózaga es, así me lo parece, como ese manantial fecundo que surge en las faldas del monte Isasa, junto a la vieja ermita de San Marcos y de la Virgen del Hontanar, avanza y riega los campos y huertas de Vico, a la vera del río Cidacos, en la ciudad riojana de Arnedo, cuna de don Salustiano.

Mantengo la alegoría del citado manantial. Es uno de los parajes más bellos de Arnedo y de La Rioja, que recomiendo vivamente a los lectores. Por allí transcurrió feliz la infancia y primera juventud de don Salustiano, entre regatos y pequeñas balsas de agua, entre chopos y juncos, entre olivos y almendros, entre viñas y pinos piñoneros.

La vida de don Salustiano fue corta, hermosa y fecunda, como el manantial y regato de referencia, que apenas al-

canza una legua de recorrido, desde su nacimiento hasta los campos risueños de Vico, al pie del río Cidacos.

Don Salustiano añoró mil veces estas delicias y estos paisajes de su infancia. El 3 de abril de 1922 el joven cadete Sáenz de Tejada, de 19 años, escribía una sabrosa carta a su familia de Arnedo desde la posición militar de Kandussi (Marruecos), contemplando las riberas del río Kert, y decía:

«El río está a dos pasos (de donde escribo), y es la parte más bonita del Kert que en este trazo tiene un gran parecido al Cidacos (de Arnedo). No os digo nada de lo que me gustaría y de los recuerdos que tiene el encanto consiguiente de creerse en Kandussi y resultar que está uno paseando por el Juncal (frente a Vico)».

Don Salustiano Sáenz de Tejada y Olózaga nació en Arnedo (La Rioja, España), calle de Santa Clara 4, a escasos metros de la plaza mayor y de la casa consistorial, el 12 de junio, víspera de San Antonio de Padua, del año 1902. Poco después sus padres inauguraban el precioso palacio familiar, llamado de la Baronesa de Benasque, su madre, hoy propiedad del Ayuntamiento.

Don Salustiano, joven y bravo teniente de caballería de las Fuerzas Regulares de Alhucemas, moría heroicamente en la posición militar de Issen Lassen (Marruecos) el día 31 de marzo de 1924, de 21 años de edad. Se le concedió a título póstumo, tras riguroso proceso contrastado, la Laureada de San Fernando individual, la mayor condecoración militar de España.

La iglesia celebra tal día, 31 de marzo, la memoria litúrgica de Amos, el ardiente profeta de Israel, el cual exclama desolado:

«¡Aparta de mi lado la multitud de tus canciones,
no quiero oír la salmodia de tus arpas!
Que fluya, sí, el juicio como agua
y la justicia como un torrente inagotable» (5,23-24).

Pasados los años, a requerimiento mío, el 18 de octubre de 1971, me escribió desde Madrid doña Evencia Sáenz de Tejada y Olózaga una carta emocionada en la que decía:

«Estimado don Felipe: A mi hermano Salustiano le dieron la Laureada de San Fernando individual. Después de matarle tres caballos siguió peleando a pie hasta que una bala explosiva lo dejó sin vida, pero consiguió que pasase el convoy que él mandaba. Sus últimas palabras fueron pare el confesor, que pidió antes que al médico, y murió santamente».

En este contexto se entienden mejor episodios tan trágicos como el desastre de Annual y Monte Arruit del mes de julio de 1921, donde murieron miles de españoles que llenaron de horror y de luto todos los pueblos de la patria. Conozco un caso que, por feliz contraste, parece oportuno relatar.

Annual era una posición militar española en el Protectorado del Rif, norte de Marruecos, a unos cien kilómetros al oeste de Melilla. Al ocurrir el llamado desastre de Annual, con unos diez mil españoles muertos, el general Felipe Navarro intentó formar con los supervivientes un ejército en retirada que se refugió en Monte Arruit, a cincuenta kilómetros de Melilla. Allí se replegó el general Navarro con más de tres mil hombres, la mayoría enfermos, sin víveres, sin agua, sin municiones, sin ayudas.

Por orden de la Alta Comisaría de Marruecos, el general Navarro izó la bandera blanca de paz. Se obtuvieron condiciones honorables de rendición. Pero al abandonar la fortaleza, el tropel de soldados, enfermos casi todos, fueron vilmente asesinados por el enemigo, sin respetar las condiciones convenidas.

Entre los muertos, estaban todos los soldados del Regimiento de Caballería Alcántara, 685 hombres al mando del teniente coronel Fernando Primo de Rivera, hermano del teniente general del mismo apellido. El Regimiento Alcán-

tara tenía la misión de proteger la retirada de los miles de fugitivos aun siendo todos conscientes que la mayoría dejaría su vida durante el combate. Tan solo unos días antes de escribir este prólogo, el día de junio de 2012 se le ha concedido al Regimiento de Cazadores de Alcántara, 14 de Caballería, la Cruz Laureada de San Fernando en reconocimiento a su valentía y entrega a la hora de defender a sus compañeros de armas.

Cumplieron su misión como unos héroes, hasta el final, hasta morir todos los que componían el Regimiento menos uno, y aquí viene la historia que parece oportuno recordar.

El único superviviente del Regimiento Alcántara era un soldado, natural de la ciudad de Alfaro, en La Rioja, llamado Juan Fuertes, que vivió muchos años para contarlo. Ya en el pueblo, contrajo matrimonio con Leocadia Beguería, formando una familia trabajadora, honrada y profundamente cristiana.

Uno de sus hijos, Á, nacido en Alfaro el 27 de diciembre de 1924, fallecido en Zaragoza el 14 de abril de 1986, se hizo religioso de La Salle, siendo un eminente profesor y pedagogo en el Colegio Mayor Universitario La Salle de Zaragoza. En 1982, sus alumnos le hicieron una entrevista para la revista Salla del citado Colegio Mayor. A la pregunta sobre el origen de su vocación, respondió emocionado:

«Mi vinculación a la Congregación Lasaliana es muy sencilla: Mi padre, único superviviente del Regimiento de Caballería Alcántara en el desastre de Annual-Monte Arruit, fue testigo del humanitarismo de los Hermanos de La Salle del Colegio de Melilla, que colaboraron con Sanidad Militar y el personal civil en la recogida y enterramiento de los cadáveres de 10000 soldados españoles arrasados traidoramente en tan calamitoso desastre.

De tal modo le impresionó a mi padre la entrega humanitaria de los Hermanos en momentos tan difíciles, que en muchas ocasiones formuló después el deseo de que alguno de sus hijos fuera religioso de La Salle.

La providencia colmó sus deseos, y entre sus tres hijos varones, yo fui el elegido... Recuerdo que recibí varias invitaciones, muy favorables, para ingresar en el seminario diocesano y otros colegios de clérigos, a lo que yo contestaba de modo categórico: De ser religioso, seré de La Salle. Y así fue».

Escribo encantado, como he dicho al comienzo de este prólogo. Me sobran razones para ello.

Me remonto ahora a mis primeros tiempos de monaguillo, hace ya la friolera de más de setenta años, allá por los principios de los años cuarenta del siglo pasado. El cura párroco de entonces, don Gregorio Martínez Berberana, llevaba la sagrada comunión en días determinados a la casa palacio, a unos pasos de la iglesia de Santo Tomás Apóstol, a la madre del protagonista de esta historia, el laureado don Salustiano Sáenz de Tejada Olózaga. Yo asistía a la ceremonia como monaguillo.

La madre se llamaba doña Blanca Olózaga Ruiz, anciana venerable, viuda de Sáenz de Tejada Mancebo, primera baronesa de Benasque, toda una institución en Arnedo, La Rioja y España. Me admiraba la piedad de tan distinguida señora, su entereza, su elegancia, su señorío, su dignidad.

Conocí también al hijo mayor de doña Blanca, don Francisco Sáenz de Tejada y Olózaga, segundo barón de Benasque, gobernador civil de varias provincias españolas, embajador de España, magistrado del Tribunal Supremo, bailío dignidad de la Soberana Orden de Malta, medalla de oro, hijo predilecto de Arnedo, su querido pueblo, y otras muchas condecoraciones de España y del extranjero.

Siendo yo seminarista, de dieciocho años de edad, en el mes de septiembre de 1952, tuve el honor de hacer una entrevista, juntamente con mi hermano Manolo, presidente de los jóvenes de Acción Católica, fundador y director del periódico Cidacos, a don Francisco, barón de Benasque, entrevista muy cordial en su casa palacio de Arnedo, que se

publicó en la citada revista Cidacos, a doble página de honor y grandes titulares con la noticia del siglo:

«Dos días antes de morir la Excma. baronesa de Benasque cede Vico a los Padres Franciscanos. Una preocupación siempre latente de Arnedo. El Excmo. Sr. barón de Benasque y el Rvdo. Padre Tous hablan para Cidacos».

También recuerdo personalmente al Rvdo. don Víctor Gil de Gómez Robles (1866-1949), venerable sacerdote arnedano que durante tantos años fue capellán del oratorio y panteón privado que los barones de Benasque tenían en su residencia de Vico. Era también desde 1903 administrador de la casa y preceptor de la familia, como aparece en algunas cartas que se publican en este libro. A través de alguna de ellas, me parece descubrir la influencia humanística y el estilo literario de don Víctor en la educación de los hijos de los barones de Benasque.

A nivel personal recuerdo que en el mes de septiembre de 1948, durante la novena de la Virgen de Vico, estaba yo rezando devotamente ante el altar de la patrona de Arnedo. Don Víctor me debió observar y me llamó, alabó y me animó a continuar el camino de mi vocación. Yo era entonces un seminarista de catorce años, y don Víctor un venerable sacerdote de ochenta y dos años de edad, y vivía el último de su vida. Nunca he olvidado su santo consejo.

Para concluir, voy a dar un salto de más de medio siglo. El martes 5 de junio de 2012, nos reunimos en Arnedo y en Vico una hija y un nieto de don Francisco Sáenz de Tejada Olózaga, segundo barón de Benasque. La hija es doña Pilar Sáenz de Tejada Zulueta, la menor de la familia. El nieto es don Guillermo Serrano Sáenz de Tejada, de 44 años, hijo de la anterior. Está casado con Grace, padres de tres hijos, Pablo, Casilda e Inés.

El tema de nuestra reunión fue el libro que Guillermo estaba preparando sobre su tío abuelo don Salustiano Sáenz de Tejada y Olózaga, muerto heroicamente a los 21

años de edad, en 1924, en la guerra de Marruecos, por lo que se le concedió merecidamente la Laureada individual de San Fernando, la mayor condecoración militar del Ejército español.

El mismo día de nuestra intensa reunión, 5 junio de 2012, tuve ocasión de oír a Guillermo dos charlas que ofreció, la primera a Sintonía Televisión de Arnedo, que fue muy seguida, y la segunda a la comunidad religiosa del monasterio cisterciense de Vico.

Nunca había oído hablar con tanta claridad y conocimiento de causa sobre la complicada guerra de Marruecos y de los problemas de España en su tiempo. Llama la atención que Guillermo, economista y financiero en Madrid y en Londres, haya alcanzado también un dominio tan profundo en temas históricos.

La reunión y entrevista tan sabrosa se prolongó a lo largo de todo el día. Guillermo conoce a fondo todo el escenario de Marruecos y todas las circunstancias relacionadas con la historia de su tío. En Arnedo yo procuré mostrarle por dentro y por fuera todos los lugares, y también todos los documentos y las personas relacionadas con la familia.

He leído después el borrador del libro, y he quedado asombrado por la claridad y profundidad de los temas tratados. Guillermo, además de historiador, me parece un excelente narrador. Le animaría a que siguiera escribiendo otros libros, especialmente sobre la historia de su familia, tan vinculada a nuestro querido pueblo de Arnedo.

Nos ha nacido un escritor. Enhorabuena.

Arnedo, 15 de junio de 2012

*Felipe Abad León
Académico C. de las reales academias
de la Historia y Española.
Cronista oficial de La Rioja*

Introducción

La segunda guerra de Marruecos se conoce como el conflicto que llevó a España a defender su Protectorado en Marruecos entre 1921 y 1927 de una violenta insurrección liderada por Mohamed ben Abd el Krim el Jattaby. Es la última guerra de larga duración que España ha tenido que librar fuera de sus fronteras y a pesar del desgaste salió victoriosa a partir del momento que el líder rifeño se entregara a las autoridades francesas en mayo de 1926.

El estallido de las hostilidades, a raíz de la sublevación de Abd el Krim, fue una sorpresa para el estamento político español que tuvo que reaccionar apresuradamente para contener el levantamiento. El coste en términos de vidas humanas españolas y del importe económico de la guerra hizo que se tambaleara la propia estructura del Estado que acabó desembocando en el estallido de la Guerra Civil en 1936. La falta de consenso en torno a la gestión de la guerra de Marruecos aceleró la inestabilidad política del régimen de Alfonso XIII que tuvo que someterse primero a un levantamiento militar en 1923 para finalmente terminar por colapsaren 1931.

Lejos de que fuera un conflicto estrictamente bilateral entre una potencia venida a menos, como era la España de principios del siglo XX, y una tribu de bereberes viviendo de una rudimentaria economía de subsistencia, esta guerra estuvo enmarcada dentro de una competencia internacional por los recursos naturales que ofrecía el continente africano.

El objetivo de este libro consiste en profundizar en las causas y consecuencias de la guerra de Marruecos tanto para España y su entorno como para un joven oficial de Caballería que terminó dejando su vida en combate. En concreto se centra en dos aspectos de especial interés dentro del contexto de la guerra: por un lado los acontecimientos que rodearon al desastre de Annual y sus repercusiones tanto militares como políticas y, por otro, las circunstancias que rodearon el combate donde participó el ya teniente Sáenz de Tejada cuando se hizo merecedor de la Cruz Laureada de San Fernando. Incluyo la publicación íntegra de veinticuatro cartas que escribe a su familia, muchas de ellas desde el frente, lo que ofrece una mejor perspectiva sobre la vida del militar de entonces.

La historia se desarrolla por un estricto orden cronológico empezando por repasar todos los antecedentes del comienzo de la guerra de Marruecos para entonces ir cambiando paulatinamente el tono del ensayo hacia una visión más personalizada de lo que aconteció en esa guerra. En su desenlace se confía aclarar muchos de los aspectos menos entendidos sobre este conflicto colonial.

Los primeros tres capítulos comienzan por exponer las circunstancias que contribuyeron a que la juventud española se encontrara empuñando las armas al servicio de su patria en los campos de África. Por ello se pone primero en escena a la España de principios del siglo XX junto con Francia, Alemania y Gran Bretaña, examinando el tipo de ambición que empujaba a todos ellos a ejercer un mayor o menor grado de control sobre Marruecos. Dentro de esa

dinámica colonialista, se muestra la realidad política, económica y cultural del pueblo marroquí y como este va reaccionando a la progresiva injerencia europea en su territorio. En cuanto al plano interior, el Estado español tuvo que lidiar con los efluvios revolucionarios de un marxismo que estaba ganando especial popularidad entre el proletariado por un lado, además de tener que dedicarse a contener el creciente movimiento separatista en Cataluña.

Es a partir del capítulo cuatro cuando se introduce al personaje que acompaña al lector durante el resto del libro como testigo y protagonista de la guerra de Marruecos. La decisión de haber escogido a Salustiano Sáenz de Tejada se explica en parte porque le fue concedida la Cruz Laureada de San Fernando, la máxima condecoración que otorga el Ejército español por méritos de guerra. Coincide también el nacimiento del personaje con los prolegómenos de las negociaciones internacionales sobre el futuro de Marruecos en 1902 con lo que su vida se convierte en un espejo de los acontecimientos de la época. Es a partir de su graduación en la Academia de Caballería en 1921 que este relato sobre el joven oficial Sáenz de Tejada se acopla a la evolución histórica del conflicto bélico dentro del protectorado español, lo que permite a este ensayo ofrecer una perspectiva más cercana de los hechos. El haber estudiado pormenorizadamente las circunstancias de su muerte en combate ofrece una visión tan cruda sobre las realidades de la guerra que el autor estima que merece la pena compartirlas.

Con este fin es que a partir del séptimo capítulo el libro brinda una amplia perspectiva de las operaciones militares, así como los sucesos tal y como se veían en el campo, contado a veces por los testimonios de los que lo vivieron. Se muestra al lector el tipo de experiencia que tuvo que soportar toda una generación de españoles que al final trató de aniquilarse mutuamente pocos años después. El trauma en estos tiempos también corrió por un ejército dividido

por las Juntas de Defensa desde su creación en 1916, un factor que sería el embrión de lo que constituirían los dos bandos de la Guerra Civil.

Para simplificar el contenido del libro se han omitido la gran mayoría de los sucesos de la zona occidental del protectorado aun cuando el Ejército español se tuvo que emplear en ella a fondo a lo largo del tiempo.

Dentro del aspecto más personal, se ha tenido en cuenta que la práctica totalidad de las familias españolas tuvieron en algún momento un miembro sirviendo en África desde la firma del protectorado en 1912 hasta el final de la guerra de Marruecos en 1927. El servicio militar obligatorio de principios del siglo XX, con excepciones, hizo que toda la juventud española estuviese expuesta al conflicto colonial y muchas familias dejaron en el Rif, en Gomara o Yebala a sus muertos como no pocos enviaron a sus hijos al exilio para evitar que fueran alistados.

El autor conoce personalmente a los descendientes del prófugo José González Fernández que al cumplir los 16 años fue enviado por su madre a casa de unos parientes en México, en diciembre de 1914. Su madre así lo dispuso porque pensó más probable el volver a verlo que si fuera destinado a África, para cumplir su servicio militar. Muy fuerte fue el sentir popular en esa época, aunque en este caso en particular es curioso que José llega a otra zona de conflicto en cierta manera más peligroso. La Revolución mexicana dejó alrededor del millón de muertos entre 1910 y 1920. Para su suerte vivió hasta los 102 años y volvió a ver a su familia en España repetidas veces. No obstante la mayoría se quedó en España y por ello se muestra una visión de lo que fueron las vidas en combate de aquellos que fueron destinados a Marruecos.

Ya en el capítulo catorce se toma una pausa en lo que concierne a las operaciones militares para repasar los hechos que dieron lugar al alzamiento del general Miguel Primo de Rivera. Seguidamente, se vuelve a las operaciones

en Marruecos en el capítulo quince si bien esta vez la guerra toma otras características en cuanto a que son las tropas de choque —Tercio de Extranjeros y Regulares— las que cobran mayores cotas de protagonismo. El aspecto cronológico de este ensayo concluye en el capítulo diecisiete con la muerte en combate del teniente Sáenz de Tejada y con ello termina prematuramente tanto su vida como para este libro la exposición histórica de la guerra de Marruecos. Los dos últimos capítulos finalizan la obra presentando las consecuencias y las opiniones del autor sobre los diversos desenlaces de toda esta guerra.

Pero antes de comenzar conviene exponer primeramente ciertos aspectos de la mentalidad de principios del siglo XX y en concreto su visión sobre el colonialismo, dado que al día de hoy es una realidad política que ha desaparecido casi por completo. Sin tener que ensañarse con los aspectos negativos de este fenómeno es probablemente más útil para entender el contenido de este ensayo la perspectiva que aquellos contemporáneos tenían en relación al concepto de colonialismo.

Es comprensible que mucho de lo escrito sobre la guerra de Marruecos en la actualidad descargue explícita e implícitamente profusas críticas sobre el sistema colonial en general, imputándolo como una violación del derecho de los pueblos. Pero para el observador europeo de la época el colonialismo quedaba justificado por el atraso manifiesto de otras sociedades que se consideraban primitivas donde una minoría dominante vivía de la explotación de su propia gente. Estos abusos podían revelarse de muchas formas, como pudiera ser la arbitrariedad de un estado para administrar justicia, atropellos a la hora de levantar impuestos, explotación de mujeres y niños, incluida la pederastia^[1], hasta la existencia de esclavitud como era el caso en Marruecos a principios del siglo XX.